

LOS ARGUMENTOS DE NUESTRA ESPERANZA

POR

JEAN OUSSET.

Discurso de clausura del Congreso de Lausanne, 1973.

Sería desastroso que hubiéramos venido (en tan gran número ... y algunos de tan lejos) a pasar tres días aquí para satisfacernos sólo con palabras, para drogarnos psicológicamente.

Porque a pesar del tema propuesto, y a pesar de la enseñanza efectivamente recibida, nos hemos reunido no tanto para instruirnos como para ponernos de acuerdo con vistas a la acción ... Específicamente para tomar conciencia de las posibilidades de cierto método de combate contra-revolucionario. Y si bien es cierto que hemos trabajado lo mejor que hemos podido para que este encuentro sea instructivo en el plano doctrinal, esta formación doctrinal ha sido dada precisamente con vistas a la acción.

Porque son demasiado numerosos los que por el mundo, «piensan bien» (como se suele decir) ..., pero, ¡no hacen nada! ¡Nada aceptable! Nada de lo que podrían y deberían hacer. Buenas gentes que se conforman con hacer diagnósticos exactos de los males de la sociedad, pero sin inquietud por aplicar la menor terapéutica. Sin preocuparse de emprender la menor acción para poner a raya los progresos de los males que nos inundan.

Qué pena y qué ridículo, si dentro de unos instantes nos separamos sin haber tomado la resolución firme, la resolución eficaz, la resolución práctica, de ACTUAR y de ACTUAR bien. Unica razón de ser de estas jornadas.

Ahora bien, para ACTUAR, para ACTUAR bien, es necesaria la esperanza. Porque es vana y de ninguna manera cristiana la máxima

atribuida al taciturno, según la cual no sería «necesario esperar para emprender, ni lograr para perseverar».

Semejante fórmula no deja de manifestar un desconocimiento completo de las verdaderas potencias del alma, por noble que sea su fuerza. Porque únicamente los rematadamente locos pueden actuar sin esperar nada de su acción, ni siquiera la distensión de un estado de ánimo, ni el consuelo de una emoción estética o moral.

Más aún, esto se relaciona precisamente con nuestro trabajo, con nuestra acción, pues no se lleva de la misma manera un combate sin esperanza que un combate que se piensa ganar.

Más aún, ocurre que las fórmulas de acción pueden y deben cambiar según los grados y según la naturaleza de la esperanza que se tiene o que no se tiene.

Sin embargo, nada sería más vano que el cultivo, sistemáticamente eufórico, de esperanzas locas.

¿Qué se podría esperar, en efecto, de una esperanza fundada en probabilidades pendientes de un azar?

De ahí el deber de analizar, de sopesar convenientemente los argumentos de nuestra esperanza. Sin ello no servirá de nada que regresemos de nuestra reunión llenos de alegría por lo hermosa que ha sido. Bastarán unas pocas semanas para desanimarnos. ¡Son tantas las razones que pueden contribuir a ello! Los constantes progresos de la Revolución. Los constantes progresos de la anarquía intelectual y moral. Los progresos de la pornografía. La devastación de la droga. La legalización del aborto.

¡Triunfo de la violencia! ¡Resurgimiento de la piratería! ¡Guerra permanente! Desórdenes, revueltas, escándalos, hasta en el santuario.

¿Cómo no desesperar?

Para ello la condición fundamental es descartar toda ilusión. En el punto en que nos encontramos, corremos el peligro de que las decepciones sean demasiado graves, mucho más graves que en tiempos mejores. Una prudente apreciación nunca ha impedido el impulso de las más nobles esperanzas; por el contrario, los mayores desastres han sido siempre el castigo de proyectos concebidos por la euforia de impertinentes fanfarrones.

Siendo así, pues, ¿podemos permitirnos una esperanza suficientemente fundada en el orden de este combate social, cívico y político que pretendemos librar?

Y en caso afirmativo, ¿cuál?

Y en caso afirmativo, ¿a qué principios, a qué argumentos, a qué seguras realidades debemos engancharla?

Intentemos pasar una rápida revista a los diversos asideros posibles.

* * *

Veamos en primer lugar aquel del cual todo está suspendido ... el de los más altos fines del hombre, el de esas verdades, el de esas fuerzas supremas en relación con las cuales se debe ordenar todo ...: fines, verdades, fuerzas morales, espirituales y religiosas.

¡Sí! Veamos cómo está este asidero, en el que a principios de este siglo, hasta los mismos incrédulos no temían sujetar la esperanza del hombre moderno. «*Se pregunta* —escribía el agnóstico Maurras— *Se pregunta [el hombre moderno] si el salvajismo, la anarquía, la demencia y la necedad, no tendrán, a fin de cuentas, alguna razón contra la humanidad. Busca en el mundo una grandeza ordenada y ordenadora que no sea ni una paradoja ni un escándalo para él. Busca un hecho vivaz, un hecho próspero, un hecho feliz, cuyas primeras apariencias no desmientan en nada todo lo que sabe de las leyes de la vida, de la prosperidad, de la felicidad. Busca ..., hasta que llega a soñar con el Catolicismo. El catolicismo muestra este hecho. El catolicismo muestra esta grandeza. Por su orden y vitalidad, el catolicismo, TRANQUILIZA Y APOYA A CUALQUIERA QUE PUEDE SUFRIR DE ESA DESESPERANZA ...*» (1).

¡Sí! Esto es lo que podía escribir un incrédulo a principio de este siglo. Y aún añadía esto: «*Los sacerdotes franceses no dejarán de ninguna manera de interesarse por Francia. Los que fundaron y defendieron nuestras ciudades no se han desinteresado nunca de*

(1) Ch. Maurras, *La Democratie religieuse*, Nouvelle librairie nationale, pág. 351.

nuestro Estado. No lo abandonarán lo más mínimo. Se les puede confiar (...) la custodia de la tierra de la patria ...» (2).

¿No es esto significativo?

Quién se atrevería hoy en día a alimentar en el seno de la nueva generación del clero joven, en el seno del conjunto de las personalidades eclesiásticas más visibles y más influyentes ...; quién se atrevería hoy en día a alimentar semejante esperanza? Ciertamente ningún incrédulo. Ni aun un fervoroso cristiano.

Esto dice mucho acerca de la amplitud del derrumbamiento sufrido hasta en las filas del mundo eclesiástico.

Es una evidencia imposible de negar, que debemos registrar un serio menoscabo en los motivos de esperanza que teníamos derecho a esperar por ese lado ...

Pero, puesto que es imposible desconocer que, salvo raras excepciones, ya no podemos contar con la influencia ortodoxa en el ámbito social y político de una parte demasiado grande del clero ..., ese «catolicismo», invocado por Maurras, ¿debe ser excluido de nuestras razones de esperanza en lo temporal?

Ciertamente, no.

Las defecciones de demasiados clérigos son, sin duda, de una gravedad sin igual. Muy difícil de encajar psicológicamente.

Muy difícil de encajar ... porque únicamente un número demasiado pequeño puede SABER Y VER que la acción de esos clérigos desviados, o miserablemente pusilánimes, contradice lo que la doctrina católica ha tenido como más constante, más seguro y más formal.

Pero de ninguna manera se ha perdido todo.

Porque, si bien es cierto que los clérigos han desertado y muchos traicionan, si también es cierto que en mil sitios hacen conscientemente el juego a la Revolución, ... no por eso resulta menos permanente la enseñanza de la Iglesia de siempre.

¡Su verdad no puede quedar cautiva!

Esta verdad de la enseñanza católica ES y PERMANECERA, por pleno derecho divino, ofrecida al mundo entero como palabra y fuerza de salvación.

(2) Ch. Maurras, *op. cit.*, pág. 105.

Por tanto, es palabra y fuerza de auténtica esperanza. Eterna «buena nueva», propuesta a la universalidad del género humano, a pesar de que los curas ya no se atrevan a predicarla. Lo cual, ciertamente, no facilita la acción, pero tampoco la impide.

Si la orientación y el espíritu de esta doctrina no son falseados, no deja ésta de llevar en sí misma, hoy como ayer, los principios de la esperanza, porque son los principios de la salvación de la sociedad.

* * *

El único verdadero problema radica en que la tarea es mucho más difícil, consiste en encontrar, suscitar, formar, animar y ayudar a mantener en la esperanza y en la acción al pequeño número de valientes que mañana acepten hacerse apóstoles y servidores incansables de la verdad.

El mal es tan grande que es necesario aceptar relativamente este hecho. No es que se estime inútil intentar lo que, incluso hoy día, puede hacerse para devolver a tantísimos eclesiásticos a sus deberes. El error estaría en perder excesivo tiempo en esta empresa difícil y decepcionante... ¡Si algunos se ocupan de ella, mejor que mejor! Pero nada debe desviar al conjunto de los seglares, que aún no se han pasado a las filas de la Revolución, de ese combate que es el suyo, más grave y más importante que nunca: el combate por la salvación pública.

Como ha expresado el profesor Marcel de Corte: la defección de demasiados clérigos nos constriñe a volver a empezar, en las condiciones más difíciles, *«la inmensa labor de verdadera educación política de los ciudadanos. La salvación de la humanidad, y por tanto nuestra esperanza cívica, social y política, está más que nunca pendiente de la iniciativa privada de algunos hombres que, practicando sus deberes de estado, mantendrán vivas y transmitirán a sus hijos las virtudes que la Ciudad necesita para no ser ni una estafa ni un hormiguero».*

Vayamos más lejos y digamos, otra vez con palabras del profesor De Corte, que *«la defección de un número demasiado grande de clérigos»*, la defección de la autoridad, la dificultad psicológica en

*

que nos encontramos hoy en día para invocar esta autoridad, para proponer y hacer aceptar esa doctrina católica cada vez más silenciada por quienes deberían recordarla incansablemente al mundo ... ¡Sí!, todas esas dificultades, no solamente complican horriblemente nuestra tarea ... sino que nos llevan, nos incitan y nos imponen el empleo de métodos de acción, de métodos de presentación, muy diferentes de los que han sido considerados exclusivamente nuestros hasta aquí: métodos sobre todo deductivos, procedentes de un dogmatismo metódico fundado muy a menudo en el argumento de autoridad.

Y, precisamente, de esta autoridad que, al parecer, de hoy en adelante se va mostrando más deseosa de ponerse «a la escucha del mundo», que de orientarle y enseñarle ...

Esta situación de hecho no puede dejar de imponernos un método de argumentación nuevo, muy diferente del que habría ocupado el lugar de honor entre nosotros en los tiempos de «La Cité Catholique».

No es que haya que desautorizar el antiguo método para adoptar exclusivamente este otro método del que hablamos.

¡Los dos son necesarios!

Pero, como la generación actual tiene poca afición por el argumento de autoridad, como tiene poca afición por la enseñanza de las ideas generales profesadas por sí mismas y con plena firmeza ... nos hace falta, y nos seguirá haciendo falta durante muchos años, conceder una importancia considerablemente mayor a unos métodos de apologética que hasta ahí habíamos empleado poco.

Tal es el caso, por ejemplo, de la apologética de los incrédulos.

En efecto, en la hora en que tantos clérigos (y no de los menos importantes) se callan, en la hora en que tantos clérigos (y no de los menos importantes) se atreven, cuando pueden, a darse golpes de pecho sobre el pecho de su Madre la Iglesia, en la hora en que tantos cristianos creen que es una gran cosa pedir perdón al mundo por lo que la Iglesia no hubiera hecho correctamente, o por el mal que hubiera hecho, en esta hora, es más oportuno que nunca ceder la palabra a los incrédulos ..., no para erigirles en «maestros» de incredulidad para nosotros ..., sino para citarles como testigos de des-

cargo en ese proceso de que nos hablaba Marcel Clément al principio de este congreso ..., el proceso de la Iglesia que no es más que la proyección hoy en día del proceso de nuestro Señor ...

Es con este espíritu, es con el espíritu de esta apologética como ciertos pasajes de un Jean Cau, por ejemplo ... e incluso algunos pasajes de un Renan pueden servir, pueden ser invocados, para fustigar, para avergonzar, para mostrar cuán tendenciosa es tal enseñanza religiosa o tales términos repetidos hasta la saciedad, incluso en nuestras iglesias ...

Testimonios de incrédulos, que, por insuficientes o incompletos que sean, nos serán más necesarios que nunca para justificar más cómodamente una verdad católica que demasiados clérigos ya no se atreven a sostener y a la cual los propios sedicentes incrédulos no han vacilado en rendir homenajes admirables.

Así ocurre con este párrafo de Maurras, en *«La Democracia religiosa»* (3): *La condición de nuestra unidad cívica y de nuestros progresos nacionales vive ciertamente en estas profundidades. La Roma eterna simboliza una vida social incrementada y defendida por millones de empresas y experiencias anteriores, la suma de todas las conquistas de la ciencia, de la industria y del arte, la crítica atenta y la superación feliz de los errores, de las locuras y de todos los otros poderes de la muerte. Experiencia y tradición, orden y progreso: la doble máxima romana no dice nada de felicidad a los pueblos, suficientemente enloquecidos para tener la tentación de huir de ella (...).*

«El espíritu cívico y social vuelve a encontrar en la médula de la enseñanza católica toda la crítica a las usurpaciones del Estado moderno; encuentra en ella hasta la censura y la ridiculización de las ideas del liberalismo y del igualitarismo políticos, de la nivelación internacional, cuya comprensión (...) debe llegar al fin, o perecer.

«El mismo acuerdo, las mismas armonías hallamos en lo tocante a las ideas de salvación (...). La tradición se me aparece como el más precioso de los bienes, no solamente de un francés, sino de un hom-

(3) Charles Maurras, *op. cit.*, pág. 343.

bre preocupado por no volver al estado salvaje; esta tradición resplandecía, no solamente defendida o elogiada, sino encarnada en el Catolicismo, que en cierto modo hacía de ella su memoria y la mitad de su pensamiento.»

* * *

Queda por decir que si bien es indispensable conocer bien la verdad para obrar bien, su solo conocimiento, su sola profundización platónica, el solo hecho de bien DECIR, el solo hecho de profesarla bien, de ninguna manera son suficientes para garantizar la eficacia de la más pequeña acción.

La única palabra eficaz es la de Dios (entiéndase en el sentido de que realiza lo que dice por el mismo hecho de decirlo).

Nuestra palabra está muy lejos de tener semejante poder.

Porque al hombre no le basta con DECIR, necesita HACER. Le queda por hacer lo que dice. Y para hacerlo, tiene que saber cómo se hace. Tiene que poner por obra mil medios; respetar mil condiciones, a veces contradictorias; imponerse multitud de esfuerzos bien ordenados, pacientes, y duraderos para que su decir se realice en hechos.

¡Esa es la verdad del hombre!

Ese es el verdadero orden humano. No está hecho solamente de nociones abstractas.

Es también, y sobre todo, concreto, encarnado, y como sumergido en los hechos. Sin esto, la única enseñanza de las más seguras nociones tiende a desarrollar en los que se complacen en ella un gusto por lo absoluto, el gusto de un absoluto de tal manera ideal que la satisfacción, la alegría, la embriaguez que proporciona al espíritu, vienen a ser como un fin en sí mismo, y a provocar en los que se nutren de ellos una incapacidad cada vez mayor para captar lo concreto, y un irreductible desprecio por lo contingente y por la debilidad de los seres y una negativa tajante para comprender la importancia eventual de todo lo que puede constituir una dificultad; es decir: de todo lo que puede no pertenecer al juego de las únicas categorías de su universo cerebral y verbal.

El resultado es que este gusto exclusivo por lo absoluto (provocado por una enseñanza no menos exclusiva de la única doctrina), tiende a hacer duro, implacable, tajante y contundente, continuamente perentorio, al individuo. Tiende, sobre todo, a hacerle miserablemente simplista e incurablemente torpe en la acción.

Tiende a hacer que se agrupen los pretendidos «puros», entre «puros» cada vez más «puros»; que quedan prácticamente y psicológicamente separados de todo y de todos. Imposibilitados para convivir y tratar, sólo tienen un tema de conversación. Malhumorados. Odiosos en sus informaciones. En vez de atraer, hacen el vacío alrededor suyo. No conciben la verdad más que como una arma maciza destinada a aplastar al interlocutor muy lejos de conquistarle... (Cuando la verdad debería ser presentada, ante todo, como luminosa, armoniosa y seductora).

Se trata, pues, de un gusto por lo absoluto que realiza precisamente todo lo contrario de lo que exigen las condiciones elementales de toda conquista, de todo apostolado y de toda eficacia en la acción. Auténtica mentalidad de *ghetto*.

La verdad humana (la verdad humana y católica) no sería verdad si no asumiera todo lo real: lo real abstracto, doctrinal; lo real intelectual y espiritual; lo real de los principios y de lo esencial...; pero también todo y bien: lo real de lo concreto, lo real de la materia, lo real de lo que es contingente, singular, personal, local, etc. ...

Porque el orden de las cosas de Dios (contrariamente a lo que tiende a hacer creer un cierto «pietismo») no es solamente espiritual, no es solamente sobrenatural.

Porque el orden divino comprende (si bien que en diversos grados) las cosas que no son menos criaturas de Dios, que son lo natural, lo material, lo psicológico, lo costumbrista, lo histórico, lo geográfico, lo climático, lo singular, etc.

Es el sentido, es la comprensión (a la vez sobrenatural y natural) de ese TODO, el respeto a la subsidiariedad de ese conjunto multi-forme (a veces de jerarquías tan opuestas), los que deben dirigir y animar una sana educación cívica, a poco que se quiera que sea fecunda y eficaz.

Que no se nos diga que considerando las cosas así tendemos a

naturalizar lo divino y a guardar en la estantería de nuestras utilidades cívicas unos bienes y unos valores que, normalmente, están reservados únicamente a la vida de las almas y al progreso espiritual.

Al contrario, ahí está toda la historia de la Iglesia para probar que hasta en estos mismos años en que vivimos, las grandes crisis del mundo cristiano han sido provocadas menos por ataques dirigidos en primer lugar contra la fe y lo sobrenatural que por un desprecio y desconocimiento previos del orden natural; o lo que viene a ser lo mismo, por un desprecio y un desconocimiento previos de lo que permite al hombre percatarse de ese orden natural: la inteligencia, la razón. Hay que subrayar el notable rasgo (¡tan perentorio!) de la Iglesia Católica, de quedarse prácticamente sola, hoy en día, frente a la mayor parte de las escuelas filosóficas modernas, en la defensa de esa objetividad del conocimiento racional del hombre. El Primer Concilio Vaticano no vaciló en llegar hasta a condenar como «*escandalosa y temeraria*», la opinión de los que sostenían la posibilidad de un pecado puramente filosófico que sería una falta contra la recta razón sin ser una ofensa a Dios (4).

Admirable proposición que (quizás más que ninguna) hace comprender hasta qué punto la Iglesia se niega a limitar y a reducir solamente a lo sobrenatural, solamente a las verdades de la fe y de la gracia, el orden de las cosas divinas. Ese orden de las cosas divinas es (y no puede dejar de ser) la universalidad concreta y viva, de un natural y de un sobrenatural tales que la historia no ha cesado de removerlos desde el comienzo del mundo bajo la alta garantía y el santo gobierno de la Providencia. En cierto sentido, «*Todo es gracia*», como se atreve a decir Teresa de Lisieux.

Por otra parte, es un hecho que la sociedad se hace cada vez más compleja. Sus miembros son absorbidos por las técnicas y las especializaciones que esta complexificación provoca.

Los animadores sociales, los animadores cívicos, no pueden ya, por consiguiente (por poco que quieran ser verdaderos animadores), no podrán ya conformarse con una simple influencia doctrinal.

(4) Cf. Denzinger. 1290.

Es cierto que una formación general (y por tanto doctrinal), será siempre necesaria. Sólo con ella puede asegurarse esa unidad intelectual, moral y espiritual sin la cual el beneficio armonioso de esa acción animadora cesaría de existir. ¡Aniquilado por su propio caos!

Más que nunca el conjunto de esos animadores necesitará ser mantenido y guardado con una relativa pero suficiente unidad. Este conjunto necesitará ser alertado, puesto a punto, y competente, según la categoría de cada uno, y según las funciones y la diversidad de los engranajes sociales.

Todo esto merece no solamente ser meditado y comprendido, sino trasladado escrupulosamente a nuestro escalón del *Office*.

Para tender a ello, al menos a tientas, hemos sustituido hace tiempo una «Cité Catholique» demasiado unitaria y monolítica por la fórmula actual de un «Office» multiforme, con satélites variados, *Office* mucho más abierto, mucho más ofrecido, que «la éx C. C.», a muchas actividades, sin duda extrañas a nuestra organización, pero no menos ordenadas que nosotros mismos al combate contrarrevolucionario.

En nuestros lejanos comienzos, dos fundadores, ciertamente no mal orientados, ni de ninguna manera con formación insuficiente, pero únicamente «generalistas», bastaron para asegurar el lanzamiento.

Todavía durante varios años más, un pequeño grupo de animadores pudo contribuir al desarrollo de la obra sin más necesidad que una buena formación de doctrina general.

Esos tiempos se han terminado.

De aquí en adelante necesitamos más que eso.

Nuestros progresos no dejan de exigirlo cada día un poco más. Y este rasgo es especialmente apreciable en este congreso ... ¡congresos que corren el riesgo de convertirse muy rápidamente en monstruosos!

Estos progresos nos imponen una mayor dedicación a la diversidad de funciones sociales, económicas, culturales y políticas, sin cesar por ello de contribuir a una relativa unidad, cuando no a la unión de todas las redes capaces de contribuir al renacimiento. Uni-

dad y unión que únicamente una formación general suficiente puede asegurar.

* * *

Doble preocupación, por consiguiente, de una formación general y de un acoplamiento social, simultáneamente mantenidos.

Operación difícil, ciertamente, pero capital y decisiva. Porque únicamente ella permite dar a nuestra esperanza sus más seguros argumentos.

A condición, claro está, de que haya al mismo tiempo un número suficiente de hombres suficientemente celosos para hacer lo que hay que hacer.

A condición de que los planes y directrices no queden en letra muerta, meros temas de artículos o de discursos leídos o escuchados por lectores u oyentes que siguen permaneciendo pasivos. Porque los más hábiles planes de batalla nunca han logrado victorias sin ejércitos decididos a aplicarlos y a combatir ardentemente por su triunfo.

Que nuestro combate no engendre, como sucede demasiado a menudo, esa clase de celo desencarnado, puramente ideal, que por ello mismo, tiende a hacer duro, amargo, rompedor ... Esta puede ser la primera consigna.

Como me escribía a la Argentina Michel de Penfentenyo: *«el militante cívico, por poco eficaz que quiera ser, será cada vez menos el militante puro, el zascandil radiante, seráfico, de una doctrina cuyo vocabulario tiene unas ilustraciones y referencias que no pueden ser comprendidas o admitidas por aquellos que son mandos intermedios (y sus jefes) de los principales centros de influencia y de autoridad sociales.*

«Cada vez más nuestra meta será proceder de tal manera que el militante, el animador, esté no solamente provisto de una sólida formación doctrinal; sino que, además, esté dotado de poderes reales (incluso elementales), dotado de competencia, experiencia, etc. ... Incluso aureolado, si puede decirse así, del prestigio de innumerables servicios prestados.»

Con demasiada frecuencia nuestra causa está desasistida, desacreditada y ridiculizada por una superabundancia excesiva de esa clase de hombres fustigados por La Fontaine en la fábula de ese maestro de escuela que sólo supo sermonear a un niño que se estaba ahogando.

Cada vez es más necesario que aquel que pretenda enseñar a otros a «pensar bien» tenga un mínimo de referencias y de experiencias que poder invocar para ilustrar las consecuencias prácticas de su «buen pensamiento» en su comportamiento social, profesional u otro. Ahí estará toda la diferencia (¡cuán decisiva!) entre ese militante presente con dinamismo donde el combate se está librando, y aquel fiel de un idealismo rigorista que no tiene más táctica que la de actitudes ejemplares desesperadas, entre la espada y la pared.

La difusión del pensamiento más ortodoxo y de la doctrina más segura, estará siempre, en efecto, amenazada por las durezas y las torpezas del espíritu de sistema, en la medida en que esta difusión no pase de ser puramente verbal o libresca, mientras su esfuerzo de irradiación no sea ponderado, equilibrado, enriquecido, matizado (en una palabra, encarnado) por un mínimo de práctica experimental de lo que se piensa, de lo que se dice y de lo que se escribe.

¡Que Dios nos libre de los estrategas de café!

Nosotros trabajamos ..., digamos más bien que no podemos dejar de trabajar, en la pasta ordinaria del buen pueblo ... Pueblo llano donde los Platones, los Aristóteles y los Santo Tomás, en manera alguna se encuentran a millares. ¡Sobre todo en los puestos de influencia!

Esto no es lo «ordinario».

Así, pues, para lo «ordinario», se necesita la ilustración concreta, se necesita el punto de apoyo de la experiencia —y si es posible del servicio prestado—, para acreditar eficazmente lo que se piensa y lo que se dice.

¡Cómo no quedar impresionados por el hecho de que nuestros animadores más irradiantes, más constantes, más dinámicamente ponderados son generalmente gentes que asocian a su irradiación cívica su autoridad natural de padres, de maestros, de profesionales, de notables de la localidad, etc.! ...

¿Por qué esta formación y, por tanto, esta acción más armoniosa?

Porque en la vida familiar, en la vida de una empresa, en la animación de un consejo municipal, en la participación, en la actividad de un sindicato, está uno obligado a partir de la experiencia inmediata; se está obligado a tener en cuenta inmediatamente el interés bien comprendido de la gente, que tenemos ante nosotros, para que, una vez expuesto lo que propone la doctrina, poder indicar cuál es la vía prudente y fecunda de las reformas deseables y del resurgimiento.

Es, pues, en contacto con lo que la vida social tiene de más íntimo, profundo y espontáneamente vital, como semejante forma de acción se aplica.

Y precisamente esto es lo que Marcel de Corte ha calificado de acción social verdaderamente «medicinal», acción verdaderamente curativa ... porque únicamente ella permite aportar en cada caso, al corazón mismo de cada órgano, el remedio apropiado. Al contrario de lo que también Marcel de Corte llama la acción «ortopédica». La acción de mera prótesis social. La cual consiste en no aplicar a la sociedad (casi siempre considerada en bloque) sino unos remedios concebidos como desde fuera, y de una manera más o menos simplista, más o menos arbitraria, más o menos artificial.

Es la imagen de un corsé prefabricado según unas normas «ideales» y que después se tratará de colocar por sorpresa, fuerza o astucia, al cuerpo social, a fin de modelarlo a nuestro antojo, según nuestras ideas o ambiciones.

Estas fórmulas «ortopédicas» son las fórmulas obligadas de todos los totalitarismos modernos, bien sean fascistas, socialistas, comunistas, o mafias de planificadores tecnócratas.

* * *

¿Fórmulas de acción ortopédicas, o fórmulas de acción medicinales?

La diferencia entre las dos concepciones y métodos es radical.

Por consiguiente, también deberá ser radical la diferencia de las correspondientes fórmulas de acción.

Porque todo método ortopédico de acción cívica, política, o social, por su lógica interna, es llevado, y no puede dejar de serlo, por la misma lógica del procedimiento, a la creación y continuo mantenimiento de lo que se llama «jerarquías paralelas» ...; que es como decir, unas jerarquías pegadas, impuestas y sobreañadidas a las jerarquías naturales, a las jerarquías verdaderas y a las jerarquías orgánicas de la sociedad.

«Jerarquías paralelas», que constituyen propiamente el aparato ortopédico destinado a operar (de manera más o menos arbitraria) el «remodelamiento» político y social propuesto.

Por el contrario, una acción política y social verdaderamente «medicinal», lejos de dedicarse a la organización, a la puesta a punto, a la animación (pesada y costosa) de jerarquías paralelas, no tiene otra misión (misión mucho más simple, y mucho menos onerosa) que aportar a las auténticas jerarquías naturales, a las auténticas jerarquías normales, a las auténticas jerarquías competentes y responsables de los diversos organismos sociales, ese incremento de información política y social; esta conciencia de su legitimidad, del beneficio de su papel y de su función, con el sabor estratégico y táctico de la acción concertada (subsidiaria), que les es, o les sería, muy fácil conseguir, por poco que crean en él, y a poco que se les ayude a ello. Y todo esto sin que tengan que desarraigarse, ni vincularse de manera abusiva a unas actividades demasiado extrañas a lo que son, a lo que saben, a lo que pueden hacer a costa de un mínimo de tiempo de preocupación y de dinero.

Nada hay de artificial ni de arbitrario ni de heterogéneo en semejante método.

Es el que corresponde exactamente al célebre diagnóstico y a la no menos célebre terapéutica de José de Maistre: *«La contra-revolución debe ser lo contrario de la Revolución. No una revolución al revés. Es decir, que necesita renovar los lazos sociales en vez de quebrarlos, y que debe ejercer una acción coordinadora en sentido contrario de la acción desorganizadora de la Revolución».*

Precisamente, si quisiéramos reparar en ello, si quisiéramos molestarnos en pensar en ello un poco seriamente, no tardaríamos en persuadirnos de que a pesar de los terribles progresos logrados por la

Revolución, a pesar de nuestra aparente indigencia, de nuestra aparente impotencia, están de hecho a nuestro lado las fuerzas y los recursos más numerosos, variados y competentes, los más poderosos, y, *sobre todo*, los más, y los mejores universalmente repartidos sobre el terreno, sobre el conjunto del frente social.

Ejército que es, de hecho, el más poderoso ... pero cuyas unidades están como perdidas en una niebla espesa. En el fondo, muy próximas unas a otras, pero ignorándose, y sin la menor idea de un plan de batalla común, Unidades dispersas, que están bajas de moral precisamente por el mismo hecho de su dispersión. Unidades aisladas, porque están privadas del servicio sincronizador de esas estafetas, de esos agentes de enlace que, yendo de una a otra, comunican a todas las unidades de un ejército la idea de conjunto de su fuerza y de su acción común.

Ese es el papel de los que a veces llamamos nuestros «animadores generales» ... Animadores generales, o que deberían serlo, no tanto (como algunos creen) por el universalismo completamente teórico de una simple formación doctrinal, sino animadores generales porque a la vez que tienen, claro está, una formación doctrinal suficiente, se imponen el deber de ser más hábiles y celosos en la multiplicación de los contactos, el mantenimiento de las conexiones, y la realización de los enlaces indispensables.

¡Fórmula «medicinal» de la acción!

Fórmula que (a poco que se observe atentamente) es ... digamos más bien, podría o debería ser, de un empleo mucho más sencillo, mucho más ágil, mucho más económico, en hombres y en dinero, que el mantenimiento de esas «jerarquías paralelas» a las que tiene que recurrir la Revolución para llevar bien sus negocios. «Jerarquías paralelas» que, por el hecho de duplicar las jerarquías normales, exigen un dispositivo más pesado, más oneroso y más difícil de mantener en la obediencia, y que exige la creación perfectamente artificial de innumerables «correos de transmisión». Prototipos de las fórmulas de acción «ortopédica».

Cuando, por nuestra parte, todo es, todo podría o debería ser, más fácil, más ligero, más natural.

Lo cual, a pesar de estos tiempos desgraciados, debería ser y permanecer siendo nuestra más segura razón de esperanza.

* * *

Lo que nos falta no es, pues, la tropa... porque en cierto sentido la nuestra es la más numerosa.

Lo que nos falta es el encuadramiento de esta tropa.

Lo que nos faltan son los elementos de animación y de sincronización de esta tropa.

Lo que nos falta, lo que no conseguimos llegar a formar bastante bien, a pesar de los progresos, por otra parte indiscutibles, de nuestra empresa, lo que nos faltan son... ¡«los mil!»!

«¡Los mil!».

Nuestros amigos más antiguos saben muy bien lo que entendemos por tales. Pero los que entre ustedes son nuevos, corren el riesgo de no comprender nada.

«¡Los mil!» quiere decir un millar de hombres celosos, tenaces, bastante polivalentes, ricos en experiencias concretas, respaldados por innumerables servicios prestados.

«¡Mil!»... que no formarían ni un movimiento, ni un partido, sino un elemento intergrupual cuya unión tendería a la unidad de un espíritu, a la identidad de un método, más que a un enlace material de una organización poderosamente estructurada. Animadores, consejeros, agentes de enlace, insertos en las diversas redes, pero que en todas partes deberían ser los mantenedores de la ortodoxia, y técnicos del método más seguro.

¡Encontrar, promover, suscitar «los mil!»!

Misión más urgente, en cierto sentido, que la reforma, incluso política, de las instituciones. No es que subestimemos la importancia absolutamente decisiva de ésta. Lo decimos por la única razón de que la reforma, la reforma seria y duradera de las instituciones, es inconcebible sin los «mil».

¿Acaso la Francia cristiana no naufragó por la defección de aquellos que precisamente deberían haber jugado a la sazón el papel de los mil? ¡Y que no lo jugaron! Por aquellos que, al ejemplo de

Malesherbes, no solamente se negaron a combatir los progresos de la Subversión, sino que la favorecieron.

Cuántas iniciativas, cuántos movimientos, después de un magnífico arranque cuantitativo, fracasaron por falta de dirigentes. Porque no dispusieron de un número suficiente de esos «mil» indispensables en cualquier régimen para asegurar la seguridad y el porvenir.

Y, contrariamente, cuántos «sistemas», aborrecidos por la mayoría de una nación, consiguen mantenerse, o rehacerse rápidamente, porque dichos «sistemas» sí que tienen sus «mil», quienes muy a menudo son los únicos que poseen una práctica suficiente de los negocios públicos, y, sobre todo, están bien decididos a ocuparse de ellos efectivamente.

Mientras que a nuestro lado no está sino la masa inmensa, mayoritaria, de buenas gentes. Llenas de intenciones excelentes. Pero de intenciones vagas. Poco dispuestas a entregarse con generosidad. Siempre con prisa de volver a sus zapatillas.

* * *

¡Problema de los «mil»!

¡Problema de las instituciones!

¡Los dos mayores problemas de la acción!

Sin instituciones convenientes, el celo de los mejores sigue siendo frágil.

Sin una élite cívica bien educada ... (sin los «mil») las mejores instituciones son rápidamente barridas, anexionadas y desviadas por una Revolución que, ella sí, tiene sus «mil».

Sin una élite cívica bien educada, atenta, vigilante, actuante, armoniosamente repartida en los cargos, en las funciones de influencia social (una vez más sin «los mil») ... los de la «politique d'abord» son imposibles, o se agotan en seguida y se hunden ... Se toma el poder a las doce y se empieza a perderlo a las doce y cinco.

Así, pues, ... entre los más de tres mil quinientos que estáis aquí, ¿cuántos tomarán a pecho pertenecer a esta cohorte de los «mil»? ¿Cuántos de entre vosotros se esforzarán en serlo ...?, ¡REALMENTE! Es decir: de ninguna manera tanto por la resolución, demasiado simplista, de la pura tensión de un querer teórico, sino esforzán-

dose en ser, esmerándose en transformarse en lo que importa ser, en lo que importa transformarse para responder lo mejor posible a las exigencias de esta afiliación a los «mil».

* * *

¡No ha sido sin motivo el que este año hayamos insistido en colocar el congreso bajo el patronazgo de San Felipe Neri!

Santo poco conocido, aunque es patrón de la ciudad de Roma.

Y santo poco conocido porque la historia de su vida es difícil de escribir, por lo mucho que dista de ser cómoda para el estilo habitual de cierta hagiografía.

Pocos santos, en efecto, ofrecen a las miradas un carácter tan contrastado. Colmado, ciertamente, de las más sorprendentes y extraordinarias gracias místicas, jugando, por decirlo así, con los milagros, y pareciendo que las resurrecciones de los muertos no le costaban nada a este hombre extraordinario ..., pero que también era hombre de máxima fantasía, divertido, el más humorista y el menos conformista de los habitantes de Roma.

Hasta el punto de que si se observa desde este ángulo, San Felipe Neri aparece ciertamente como un santo, pero cuyas facetas, ademanes, bromas y palabras ingeniosas, fueron tales que resulta muy difícil narrarlas sin correr el riesgo de no tomar ya en serio a Felipe.

¡Santo Tomás Moro y San Felipe Neri! ... Bajo su signo se ha desarrollado este congreso ... Santo Tomás Moro y San Felipe Neri fueron los dos santos a los cuales el fundador de «La Cité Catholique»: Jean Masson, tuvo empeño en confiar los primeros progresos de nuestra obra. Y esto, porque Santo Tomás Moro y San Felipe Neri han sido servidores amenos de la verdad.

San Felipe Neri ha sido llamado, «el Sócrates cristiano».

Porque su método era exactamente el del padre de la filosofía en Occidente: la célebre «*mayeutica*», que es como decir ese arte de hacer como nacer, como «alumbrar», la verdad en los espíritus; ese arte de entablar el diálogo con los seres más diversos, al principio sin violentarles, constriñiéndoles como si fuera por ellos mismos, en nombre de sus propias palabras, a llegar a las más altas certidumbres.

Estos deberían de ser nuestro gusto, nuestra permanente preocupación y nuestra ambición.

San Felipe Neri ... el santo más glorioso, pero también el más divertido, el más comprensivo. Prototipo de ese hombre deseado por San Pío X «*de espíritu duro y corazón suave*».

De «*espíritu duro*» ... lo cual no quiere decir de espíritu malo, sino de espíritu riguroso, sin capitulaciones bajas ni vengonzosas.

De «*corazón suave*» ... es decir, compadeciente, misericordioso, hábil para la conquista, para ganarse a los que están en el pecado o en el error.

San Felipe Neri, patrón del Congreso de Lausanne de 1973, pero más aun, quizá el patrón de los «mil». Porque solamente pueden pertenecer a los «mil» los que, a ejemplo de Felipe, saben servir a la verdad, ciertamente que sin debilidades, pero sin desagradar a las gentes por ello.

Los únicos que pueden pertenecer a los «mil» son los que sobresalen en presentar la verdad, destacando como en primer lugar es una armonía seductora, satisfaciente, consolante, bienhechora, y no un arma para derribar a los que pueden estar en el error ... Aunque en situaciones límites la verdad pueda llegar a ser esa arma temible.

San Felipe Neri, enseñadnos a ser hábiles como vos lo fuísteis para que la verdad, de la que queremos ser defensores y apóstoles llegue a conquistar los espíritus aparentemente más distantes de ella.

Enseñadnos, a ejemplo de vuestro Maestro, que es el único verdadero Maestro —«*magister unus est Christus*»— tanto el arte de conquistar los corazones como el de iluminar los espíritus ...

Más que nunca, la carencia, cuando no la traición de demasiados clérigos, el triunfo de las propagandas más criminales, más deletéreas, harán que sea para nosotros un deber, no el compromiso con el error ni la capitulación ante el enemigo, sino la más grande caridad y la mayor condescendencia respecto de aquellos que, en mayor número cada día, son mucho más víctimas que culpables de esos errores.

* * *

¡Manos a la obra! ... sabiendo ciertamente que de aquí en adelante ya no nos bastará tener una buena formación teórica con bastante

rigor intelectual para exponer un argumento. Más que nunca nos serán necesarias una santa habilidad, una juiciosa apologética.

Solamente con esta condición y a este precio, nuestra esperanza podrá apoyarse en un fundamento sólido, ya sea únicamente en el plano natural ... o incluso, quizá, en el plano sobrenatural.

Porque el propio Santo Tomás nos enseña: *«El que omite obrar cuando bastaría su actividad personal y prefiere esperar una ayuda de Dios, obra estúpidamente y tienta a Dios.»*

«En efecto, pertenece a la bondad divina proveer a los seres no haciendo todas las cosas directamente, sino disponiendo a los otros seres a sus propias acciones.»

«No hay que esperar a que Dios acuda donde se omite una acción personal suficiente.»

«Pero no tenemos, más allá de nuestra capacidad de actuar, la de asegurar el éxito de nuestras acciones en la consecución de su meta, por causa de los obstáculos que pueden producirse. También este éxito depende de la disposición de la divina providencia.»

«Por ello el Señor nos ordena que nos preocupemos de lo que pertenece a Dios, a saber, del resultado de nuestras acciones. Pero no nos ha prohibido que nos ocupemos de lo que nos pertenece, a saber, nuestro propio trabajo ...».

¡Nuestro propio trabajo! ¿Estamos decididos a emprenderlo y a entregarnos a él generosamente?

Es *«actuar estúpidamente»* y *«tentar a Dios»* esperar un éxito sobrenatural si en primer lugar no trabajamos, si en primer lugar no combatimos.

Solamente después, quizá solamente después, Dios da la victoria.

Nuestra esperanza no puede dejar de estar pendiente de ese doble asidero.

Porque la prioridad de ese trabajo que nos es «propio», no impide, sino al contrario, recurrir a la oración, ... a esta piedad de la que San Pablo ha llegado a decir que conduce a todas las cosas, y que tiene no solamente promesas de vida eterna, sino también promesas para la vida de aquí abajo ...

Estos son los dos extremos de la cadena, que hay que controlar absolutamente ...